

Nacionalizar la naturaleza. Ciencias naturales y discursos nacionalistas en la España del regeneracionismo

*Santos Casado de Otaola
Universidad Autónoma de Madrid*

¿Qué ha ofrecido la naturaleza a la tarea de construir una imagen nacional de España? En lo que se refiere a la historiografía, la construcción para lo español de una identidad, primero colectiva, más tarde explícitamente nacional, vino siguiendo, ya desde el siglo XVI, una tradición basada en la búsqueda de “una auténtica esencia hispana”, atribuida a pobladores peninsulares de tiempos mejor cuanto más remotos, al tiempo que podían achacarse los males políticos y culturales de España a sucesivos invasores e influencias extranjeras (Wulff 41). Si bien los métodos de una erudición más crítica y rigurosa se fueron eliminando a partir del siglo XVIII, y sobre todo durante el positivista siglo XIX, la ganga fantástica y apócrifa que los historiadores primitivos habían acumulado sobre los pretendidos tiempos fundacionales de la España, quedaba intacta y disponible para su movilización nacionalista una esencia aún más remota y profunda. Era la encarnada por el propio solar patrio, originado por fuerzas telúricas en insondables tiempos geológicos y escenario permanente de la historia de los pueblos hispanos, a los que seguramente había prestado la parte más genuina y recalcitrante de su carácter colectivo.

¿Pero por qué las distintas características naturales del territorio español no habían sido aún puestas en juego, todavía a mediados del siglo XIX, para apoyar unas u otras interpretaciones, argumentaciones o propuestas sobre el devenir nacional, más allá de algunas generalizaciones muy someras, que podían remontarse hasta la antigüedad clásica, sobre clima, fertilidad, carácter montañoso, riquezas mineras y cosas por el estilo? Pues porque, en realidad, hasta tiempos históricamente muy recientes, no se había comenzado a contar con una imagen global de la natura y el territorio hispanos. En efecto, una imagen de la naturaleza de España que fuese mínimamente articulada y concreta era lo que precisaban no solo los geógrafos y naturalistas españoles, que se lamentaban de tal estado de atraso científico, sino también quienes pretendían proveer a la colectividad de discursos sobre lo nacional.

Había un vacío de conocimiento que era preciso tratar de rellenar. Para los geólogos franceses, por ejemplo, España no era sino una gran laguna geológica, que en 1849, cuando Édouard de Verneuil comenzó una serie de viajes científicos por la Península, seguía estando “mucho menos estudiada que la mayor parte del resto de Europa” (Daubrée 321). La estructura general del relieve, la distribución y el origen de los principales tipos de rocas, las limitaciones climáticas a la extensión de diferentes cultivos y formas de

vegetación, o el inventario de los animales y plantas propios, solo a mediados del XIX comenzaron a ser conocidos con cierto nivel de generalidad, como para abarcar el conjunto del territorio, y de detalle, en cuanto a su precisión científica. Tres colectivos participan principalmente en la labor científica que hace posible dar semejante salto cualitativo en el conocimiento de la naturaleza hispana, o al menos avanzar en esa dirección. Son los ingenieros de minas, los ingenieros de montes y los que, en sentido amplio, pueden encuadrarse como naturalistas. Estos últimos incluían, en primer lugar, investigadores de perfil más profesional, provenientes en su mayoría de facultades de Ciencias, o también de Medicina o Farmacia, y por ello denominados a veces universitarios, en contraposición a los ingenieros que estudiaban en sus escuelas especiales. E incluían también, en segundo lugar, un grupo más heterogéneo de aficionados, no profesionalizados pero cultivadores entusiastas, con distintos grados de competencia, de estudios en geología, paleontología, botánica y zoología.

Los avances, esbozos y rudimentos aportados de modo pionero por unos pocos en las décadas centrales del XIX permitirán que hacia el final del siglo se produzca un extraordinario florecimiento de los estudios naturalistas, cuyos resultados irán formando una imagen cada vez más completa y detallada de lo que por entonces gustaba llamarse “gea, flora y fauna” de España (Casado 76). Y, al menos en ciertos extremos, esa imagen pasó a formar parte de un acervo cultural compartido por algunas minorías cultas, o incluso fue directamente utilizada en el debate sobre la vida nacional, especialmente en la literatura de signo regeneracionista, tal como queda ilustrado por el caso paradigmático de Lucas Mallada y por otras figuras posteriores que también desbordan el ámbito científico para adquirir relieve cultural y político, como Eduardo Hernández-Pacheco.

Esta encrucijada entre ciencias naturales, literatura ensayística y reformas políticas ofrece oportunidades interesantes para, tal como se tratará en este ensayo, transitar críticamente las “fronteras permeables” que se ofrecen a los estudiosos de las relaciones históricas entre los ámbitos científico y literario (Bono 556).

De las partes al todo

Tal era el retraso acumulado en el conocimiento de la naturaleza en la España de mediados del XIX, si se compara con el desarrollo de la historia natural en otros países de Europa occidental, que incluso a los naturalistas e ingenieros más animosos les resultaba inimaginable la consecución en breve plazo de ese ansiado conocimiento global, ni siquiera para el núcleo territorial formado por la España peninsular. La solución propuesta fue proceder “de las partes al todo”, tal como se razona en el Real Decreto por el que se creaba la “comisión para formar la carta geológica del terreno de Madrid, y reunir y coordinar los datos para la general del reino”, que bien puede considerarse el

primer departamento oficial dedicado a esta tarea de reconocimiento naturalista (“Real Decreto” 1). La idea era ir abordando monografías y mapas de ámbito provincial para, cuando se hubiera acopiado material suficiente, coordinar todo ello en trabajos de verdadero alcance nacional. Por razones en que no cabe extenderse ahora, la Comisión del Mapa Geológico de España, nombre que finalmente adoptó, no fue verdaderamente efectiva hasta su relanzamiento en 1873, bajo la dirección del ingeniero Manuel Fernández de Castro. Entre los jóvenes subalternos que trabajaron entonces en la Comisión del Mapa Geológico, encargados de reconocer bajo el punto de vista geológico una u otra provincia, estaba Lucas Mallada.

Mallada aportó, en ese proceso “de las partes al todo”, importantes monografías y mapas de provincias tan extensas, y tan diversas entre sí, como Huesca, Cáceres, Jaén o Navarra.

No se borrará de mi memoria el feliz periodo en que los tres subalternos anduvimos media España, aquel incesante caminar en todas direcciones, aquel afán de acopiar materiales, aquel desasosiego, aquel vigor, ante los cuales una provincia era poca cosa para nuestros cuidados, y cada uno de nosotros se creía con bríos y con arranques para atravesar continentes. (Mallada, *Discursos* 22)

Lo que Mallada halló en sus viajes geológicos por aquella España atrasada y estrecha de comienzos de la restauración no solo se plasmó en monografías científicas sino que, como es sabido, dio lugar a un amargo diagnóstico sobre el deprimente estado de la nación. Diagnóstico que fue a su vez referencia clave para buena parte de la literatura regeneracionista vertida en los años del cambio de siglo.

La publicística del regeneracionismo es bien conocida para los estudiosos de la política y la cultura españolas de finales del XIX y principios del XX. Los muchos estudios que se han dedicado a los autores más representativos de esta corriente, como Joaquín Costa, Ricardo Macías Picavea, Damián Isern o el mismo Lucas Mallada, han ido trazando el ideario canónico del regeneracionismo en torno a una común denuncia del atraso del país. Atraso político y económico pero también cultural, educativo e incluso moral. Frente a ese lamentable estado de cosas, los regeneracionistas, dentro de su innegable heterogeneidad, coincidían en reclamar una mejora de la base productiva del país, empezando para ello por atender a la buena administración de los recursos naturales. Y coincidirán también en haberle retirado la confianza a un sistema político corrupto e ineficaz para depositarla en la educación, la ciencia y la tecnología, con las cuales, convenientemente cultivadas y extendidas, podría vivificarse ese país moribundo llamado España.

Los males de la patria, libro publicado por Mallada en 1890, se convirtió, destacando entre otros textos igualmente sombríos y malhumorados que fueron típicos del periodo, en el paradigma de la crítica regeneracionista a la hipócrita autocomplacencia de las élites políticas que regían los destinos de la decaída

sociedad española de finales del XIX. Y buena parte de su éxito puede atribuirse al prestigio y la veracidad que se asociaban a quien, como Mallada, podía presentarse como un testigo directo de los rincones más remotos del territorio nacional y como un observador dotado de la meticulosidad y la imparcialidad propias del científico naturalista. Es más, una línea argumental clave en el discurso regeneracionista de Mallada era el papel crucial del medio natural, que él como geólogo podía evaluar, en tanto que soporte de toda actividad económica y de todo desarrollo social. El primer capítulo de *Los males de la patria* estaba dedicado precisamente a mostrar las desastrosas consecuencias que históricamente habían acarreado tanto el desconocimiento de esa dura y áspera naturaleza hispana que él bien conocía, con sus limitaciones para la agricultura y otras actividades económicas, como las prácticas rapaces y esquiladoras aplicadas históricamente a bosques y otros recursos, maltratados por siglos de avaricia e imprevisión (Mallada, *Los males* 5-25).

Lo implacable de la denuncia de Mallada y su tono de amargura convenían bien a los noventayochistas, quienes algo después se iban a aplicar a la construcción de un nacionalismo doblemente radical, tanto por su pretensión de reencontrar raíces, fundamentos o esencias, como por lo furibundo de su crítica. Obviamente, no es posible presentar aquí ni siquiera un resumen de los argumentos y los temas puestos en circulación por los autores de la llamada generación de 1898, en la que se apelotonan tantos nombres mayores de la literatura española, incluidas figuras de la talla de Unamuno, Machado, Baroja o Azorín. Retengamos tan solo su contradictorio y por momentos desgarrado acercamiento a la realidad nacional. Un acercamiento en el que se alternan y mezclan fascinación y repulsión. De ellos, de los noventayochistas, se ha dicho que se vieron tentados, en su desesperado clamor ante la postración nacional, de certificar la total muerte de España y de su pueblo, como paso previo para poder invocar su necesaria resurrección (Juliá 44).

De hecho, según Azorín, fue precisamente el tono de la diatriba de Mallada, y no tanto sus contenidos concretos, lo que los escritores del 98 recogieron, impresionados, en particular, por esa credibilidad, emanada de su condición de científico, a la que ya se ha hecho referencia. “No conocíamos los escritores del grupo —salvo Baroja— el libro de Mallada”, escribe Azorín retrospectivamente; pero “siempre presentimos por las palabras de Baroja, que el libro debía ser tremendo”. Y cómo no habían de dar crédito, continúa, a “quien tantas sendas ha recorrido” y “tantos cotarros y cuevas ha transitado” (Azorín 112-113).

El solar hispano

Pero esa cierta delectación masoquista en el fracaso nacional que se ha achacado a los del 98 no iba a perdurar en los intelectuales de la llamada generación de 1914, convencidos, con Ortega a la cabeza, de su capacidad para

liderar la construcción de una España moderna, enérgica y eficaz. Al igual que los regeneracionistas, los intelectuales de 14 confiarán sobre todo en la educación, la investigación científica y la innovación técnica como palancas para la reforma y la modernización de España. Pero, a diferencia de sus predecesores, creerán posible iniciar ya esa senda modernizadora, de la que ellos mismos se consideran protagonistas.

Frente al pesimismo emanado de la visión ultracrítica de Mallada quizá pudiera rescatarse, sin caer en un contrario exceso de optimismo, algo de la visión más amable que otros geólogos, como Federico de Botella, habían opuesto al científico aragonés. Botella, contradictor de Mallada en la Sociedad Geográfica de Madrid, había presentado en 1882 sus argumentos en una conferencia expresivamente titulada “De cómo nuestro suelo no es tan pobre como se quiere decir”, que fue acogida con interés y reproducida en las publicaciones tanto de la propia Sociedad Geográfica como de la Institución Libre de Enseñanza (Driever 122).

A la altura de 1910, coetáneo pues de la entrada en la escena pública de un joven José Ortega y Gasset, comienza a despuntar un científico con credenciales y disposición para abordar esa reevaluación de los rasgos físicos del suelo español y de lo que estos puedan suponer tanto para la personalidad de la nación como para la posible superación de su decaído estado. Se trata de otro geólogo, Eduardo Hernández-Pacheco, quien declaró haber hallado precisamente en Federico de Botella inspiración para el amplio proyecto científico que iba a desplegar desde entonces con el objetivo general de reconocer la gea de la Península Ibérica. Botella había dejado a sus conciudadanos un “monumento cultural de gran valor geográfico” (Hernández-Pacheco 48). En esta alusión Hernández-Pacheco no se refería a la polémica que Botella había en su día mantenido con Mallada, a la cual de hecho no parece haber prestado nunca especial atención, sino a la gran aportación que, a su juicio, había conseguido al construir un mapa en relieve de la Península, finalizado en 1888. Para Hernández-Pacheco este mapa tridimensional, que ofrecía una visión completa e inmediata de la arquitectura física del solar hispano, podía ser el punto de partida de todo un programa de investigación destinado a ofrecer a los ciudadanos españoles, quizá por primera vez, una caracterización amplia y razonada del sustrato de rocas y estratos, ríos y montañas, obstáculos y oportunidades, sobre el que España se había formado históricamente como nación, y sobre el que debía cimentarse una modernización que, sin haberse en modo alguno completado, parecía estar al alcance de la mano.

El programa así trazado por Hernández-Pacheco se plasmó, en efecto, en toda una serie de textos, mapas y conceptos que fue produciendo durante los años diez, veinte y treinta, acompañados de una constante preocupación por trascender del ámbito estrictamente técnico y académico y llegar a la sociedad culta, a los debates públicos y a la esfera educativa. A esta última, cuya

importancia central era punto de coincidencia para todo tipo de discursos, a otros respectos diversos, de regeneracionistas y modernizadores, se dirigía expresamente Hernández-Pacheco en la que puede considerarse su obra de madurez y recapitulación en este periodo, la *Síntesis fisiográfica y geológica de España*, publicada como un doble volumen por el Museo Nacional de Ciencias Naturales entre 1932 y 1934. Aunque se presentaba bajo el formato de la monografía especializada, esta obra había sido concebida, según su autor, con “finalidad didáctica” y con sus “compañeros del Magisterio Español” como principales destinatarios (Hernández-Pacheco 577). Y, si la escuela y el instituto podían ser escenarios clave para la incorporación de los jóvenes ciudadanos a un proceso de reforzada nacionalización, no es difícil advertir la utilidad, para la clase de geografía o de ciencias naturales, de una visión del solar hispano como la que ofrecía Hernández-Pacheco, diversa pero unitaria, crítica pero optimista. También en España el paisaje natural podía servir, tal como se ha señalado a propósito de la Alemania del cambio de siglo, como sustrato esencial y originario que “anclase el fundamento orgánico de la identidad nacional” (Lekan 4).

Así, tras recordar la vigencia de los programas regeneracionistas, nunca del todo consumados, de regadíos, “vivificando los secos terragales”, de repoblaciones, “aumentándose la densidad y extensión de los bosques”, y de aprovechamientos hidroeléctricos, “para resolver económicamente nuestras necesidades” (Hernández-Pacheco 583-584), el libro concluye con un llamamiento en toda regla a la unidad nacional. Unidad superadora de las tensiones centrífugas, especialmente notorias en estos primeros años de la República, en los que tan vivamente se planteó la cuestión de los nacionalismos periféricos, especialmente en el País Vasco y Cataluña.

1414

Y puesto que en la gran unidad geográfica que constituye nuestro país son tantas y tan variadas las regiones y comarcas, conciértense todas en un ideal común en la unidad de orden superior para prosperidad y fortaleza del conjunto, siendo nuestro lema: *In uno plures et ex cunctis unum* (Hernández-Pacheco 584).

Pero tales declaraciones, y la obra en la que se vertían, han de situarse en el término de un prolongado itinerario científico e intelectual que, como ya se dijo, había comenzado dos décadas atrás, hacia 1910. Sus primeras manifestaciones, presentadas en los más circunspectos términos de un programa científico, todavía lejos de la grandilocuente retórica nacionalista que su autor iba poco a poco a desarrollar, pueden encontrarse, según su propia declaración, en la “sintética nota” sobre los “Elementos geográfico-geológicos de la Península Ibérica” que presentó en 1911 ante la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, reunida en su congreso de Granada, nota considerada retrospectivamente como “el punto principal de partida de una nueva concepción del conjunto de la orografía y del relieve peninsular” (Hernández-

Pacheco 47). Tal “nueva concepción” se despliega en el más amplio formato de una publicación científica con su *Ensayo de síntesis geológica del Norte de la Península Ibérica*, publicado en 1912, y, sobre todo, con la aparición ese mismo año de una obra más general debida a su discípulo Juan Dantín y titulada, con clara vocación didáctica, *Resumen fisiográfico de la Península Ibérica*. El *Resumen* de Dantín, calificado por geógrafos contemporáneos de “obra fundamental” (Ortega 10) y de “pauta insoslayable en los estudios de Geografía Física de España” (Vilá 102), fue en efecto el perfecto compendio de la visión diversa pero coherente, plural pero articuladamente unitaria, que Hernández-Pacheco pretendía ofrecer a sus conciudadanos como inspiradora base física de una pendiente modernización nacional.

La colaboración de Juan Dantín en este empeño no ha de extrañar, pues, a más de discípulo de Hernández-Pacheco, puede considerársele un geógrafo partícipe de las inquietudes intelectuales y políticas de su tiempo, bien conectado no solo con los círculos científicos en los que se desarrolló su actividad académica, principalmente la Junta para Ampliación de Estudios y el Museo Nacional de Ciencias Naturales, sino también con los ámbitos literarios y periodísticos, a través de su amistad con Pío Baroja o con José Ortega y Gasset, a quienes sirvió a su vez de mentor geográfico y naturalista en excursiones y viajes por campos y pueblos de España (Ortega 16). Estas relaciones amistosas se correspondieron con las de carácter profesional y literario, pues Dantín dispuso de excelentes tribunas para ofrecer sus aportaciones geográficas a un público amplio en las dos grandes empresas editoriales lideradas por Ortega, el diario *El Sol*, que comenzó a publicarse en 1917, y la *Revista de Occidente*, editada a partir de 1923. Nicolás Ortega Cantero ha mostrado cómo las frecuentes colaboraciones de Dantín en *El Sol* abordaron con particular atención, siempre desde la autoridad de las ciencias naturales y la geografía, la cuestión de la relaciones entre territorios y entidades políticas bajo el problemático concepto de la unidad nacional, sometido en la Europa del momento a terribles tensiones. La unidad nacional, según esta lectura de la obra periodística de Dantín, solo podía entenderse como “el resultado unitario y característico de la correspondencia entre el medio geográfico y la sociedad que lo habita”, de modo que “las verdaderas nacionalidades son unidades territoriales naturales” (Ortega 19).

Orígenes remotos

Otro colaborador de Hernández-Pacheco en lo que pudiéramos llamar la vocación nacionalizadora de las ciencias naturales del momento, y en particular de las ciencias geológicas, fue Lucas Fernández Navarro. No se trató en este caso de un discípulo, pero sí puede verse a Fernández Navarro como un colega o compañero de Hernández-Pacheco, con quien coincidió en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y en la Facultad de Ciencias de la madrileña Universidad

Central. La aportación de Fernández Navarro a la tarea de proporcionar a la ciudadanía una imagen articulada e inteligible del solar hispano se aprecia con especial claridad, por el explícito carácter divulgativo que adoptó, en su intento de resumir cuál había sido la historia, en términos geológicos, de ese sustrato terráqueo sobre el que finalmente había emergido la nación española. Su *Historia geológica de la Península Ibérica* apareció en 1916 como parte de una selecta colección de alta divulgación, la Biblioteca Corona, dirigida por Ramón Pérez de Ayala y Enrique de Mesa. Al mostrar los cambios y transformaciones experimentados por la Península, contemplada bajo las inmensas escalas temporales que utiliza el geólogo, se ofrecía en esta obra una visión del solar patrio como entidad orgánica y cambiante, sujeta a un devenir histórico, y susceptible, por tanto, de ser conectada a otras narrativas formuladas en términos de evolución, desarrollo o destino. “La Tierra, que en algún tiempo fue considerada como el prototipo de lo inmutable y estadizo, no es sino un ser natural que, como todos, evoluciona” y, por tanto, “recorre un ciclo vital” (Fernández, *Historia geológica* 9).

Como Eduardo Hernández-Pacheco y como Juan Dantín, Lucas Fernández Navarro también otorgaba gran importancia al efecto rector del medio natural sobre los humanos que lo habitan, y hallaba así elocuentes correspondencias entre pueblo y naturaleza, haciendo de esta el molde último en el que se habría conformado el carácter de aquel. El medio mesetario había dado su austeridad y su reciedumbre al pueblo de Castilla, según la interpretación noventayochista a la que prestaba respaldo la autoridad del científico cuando decía que el “propio páramo, con su rudeza de clima, su falta de vegetación y la laboriosa obtención de productos, ha impreso al castellano su sobriedad” (Dantín 269). E igualmente la áspera sequedad de las Cañadas del Teide, exploradas por el geólogo interesado en las formaciones volcánicas, ofrecía tipos humanos en los que se expresaba una orgánica correspondencia con el paisaje que habitaban. En el viejo cabrero hallado por Fernández Navarro en las cumbres isleñas, se manifestaban así semejantes rasgos físicos y morales a los que pudiera haber encontrado en un pastor castellano de las sierras de Guadarrama o de Gredos. “Fuerte y enjuto, como buen montañero; parco de palabras, pero rico de afecciones” (Fernández, “En la boca de Tauze” 69).

Por supuesto, una de las líneas de investigación científica que más atractivo ofrecían para la indagación de esa conexión orgánica entre el medio natural y la personalidad colectiva de los españoles era la búsqueda de los ancestros más remotos, es decir, de los más primitivos, y por así decir fundacionales, pobladores de la Península. A ello se dedicó Eduardo Hernández-Pacheco en su nada despreciable faceta de prehistoriador, que si bien fue cultivada junto a muy diversos estudios geográficos, geológicos y paleontológicos, no por ello dejó de ofrecer resultados de cierto alcance, a decir de quienes han juzgado retrospectivamente su obra a este respecto como merecedora de figurar en “un lugar destacado de la Prehistoria española” (Jordá

514). Y, de nuevo, Hernández-Pacheco prestó atención a la difusión de esta línea de investigaciones y de sus resultados entre públicos amplios, más allá del restringido circuito de los especialistas. El momento culminante de este esfuerzo divulgador fue la organización en Madrid de una gran “Exposición de Arte Prehistórico Español”, que en la primavera de 1921 se presentó en las salas de la Biblioteca Nacional, en Madrid, bajo la dirección de Hernández-Pacheco y otros destacados prehistoriadores.

Esta muestra ofreció al público culto que pudo visitarla, y a los lectores de las reseñas y crónicas publicadas durante varias semanas en los diarios de mayor prestigio cultural, como *El Sol* o *ABC*, una imagen vívida y cercana de un mundo remoto pero en el que quizá se cifraban claves de gran valor para la interpretación histórica e identitaria del pueblo español. Los espectaculares hallazgos de pinturas y otras muestras de la vida prehistórica, fruto de recientes estudios y excavaciones a cargo del propio Hernández-Pacheco y otros especialistas, se brindaban ahora a aquellos ciudadanos españoles interesados en conocer a quienes el escritor José María Salaverría calificó en su crónica para *ABC*, con frase no exenta de cierto irónico descreimiento, como “nuestros peludos antepasados” (citado en Rasilla y Santamaría 18).

Referencias citadas

- Azorín. *Madrid*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1941. Print.
- Bono, James J. “Making Knowledge : History, Literature, and the Poetics of Science”. *Isis* 101 (2010): 555-559. Print.
- Casado, Santos. “Gea, flora y fauna”. *Un siglo de ciencia en España*. Ed. J. M. Sánchez Ron. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1998. 74-93. Print.
- Dantín Cereceda, Juan. *Resumen fisiográfico de la Península Ibérica*. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1912. Print.
- Daubrée, Garbriel Auguste. “Notice nécrologique sur Édouard de Verneuil”. *Bulletin de la Société Géologique de France (3ième série)* 3 (1875): 317-328. Print.
- Driever, Steven L. “Lucas Mallada and the modern view of Spain’s environment”. 1898: *Entre la crisi d’identitat i la modernització. Actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona 20-14 abril 1998*. Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2000. 109-126. Print.
- Fernández Navarro, Lucas. *Historia geológica de la Península Ibérica*. Madrid: Biblioteca Corona, 1916. Print.
- . “En la boca de Tauze (hoja de mi diario)”. *Peñalara* 51 (1918): 69-71. Print.
- Jordá Pardo, Jesús F. “El profesor D. Eduardo Hernández-Pacheco y su contribución a la Prehistoria de España”. *III Congreso Geológico de*

- España y VIII Congreso Latinoamericano de Geología*. Salamanca, 1992. 506-517. Print.
- Juliá, Santos. “Regenerarse o morir: el discurso de los intelectuales”. *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Eds. M. Cabrera y J. Moreno Luzón. Madrid: Fundación BBVA, 2002. 32-49. Print.
- Hernández-Pacheco, Eduardo. *Síntesis fisiográfica y geológica de España*. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1932-1934. Print.
- Lekan, Thomas M. *Imagining the Nation in Nature. Landscape Preservation and German Identity, 1885-1945*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2004. Print.
- Mallada, Lucas. *Los males de la patria y la futura revolución española*. Madrid: Tipografía de Manuel Ginés Hernández, 1890. Print.
- . *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción pública del Sr. D. Lucas Mallada y Pueyo el día 29 de Junio de 1897*. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1897. Print.
- Ortega Cantero, Nicolás. “Juan Dantín Cereceda y la Geografía española”. *Ería* 42 (1997): 7-34. Print.
- Rasilla Vives, Marco y Santamaría Álvarez, David. “La Exposición de Arte Prehistórico Español de 1921: el cometido del arte rupestre en la institucionalización de la arqueología prehistórica en España”. *Sulcum sevit. Estudios en homenaje a Eloy Benito Ruano*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2004. 3-47. Print.
- “Real Decreto [de] 12 de Julio de 1849 [por el que se crea una] comisión para formar la carta geológica del terreno de Madrid, y reunir y coordinar datos para la general del reino”. *Gaceta de Madrid* 20 Julio 1849: 1-2. Print.
- Vilá Valentí, Juan. *El conocimiento geográfico de España. Geógrafos y obras geográficas*. Madrid: Síntesis, 1990. Print.
- Wulff, Fernando. *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica, 2003. Print.